



JEAN PIERRE WYSSENBACH

ALGUNOS REFRANES CRIOLLOS

INTRODUCCION.

Una de las áreas de estudio del antropólogo son los refranes populares. Una ayuda para descubrir la forma de ser de los venezolanos es el estudio de los refranes criollos.

Este estudio tiene en nuestro país una gran limitación. Los refranes parecen corresponder a una sociedad rural. Muchos de nuestros refranes hablan de animales del campo. Nos hablan de la Venezuela agraria, de la que pasó. En la Venezuela de 1936, el 65 por ciento de la población vivía en el campo. En el último censo oficial, más del 75 por ciento de la población vivía en las ciudades. Los refranes nos revelarían cómo fue el venezolano, no cómo es.

Sin embargo, emprendo este estudio, por considerar que sigue teniendo un cierto valor. En nuestros barrios todavía quedan influencias de la Venezuela rural. Creo que algunos refranes todavía tienen algo que enseñar para conocer mejor al pueblo.

Muchas veces he encontrado refranes insertos dentro de canciones folklóricas. "Mi madre me dió un consejo —y lo repitió mi abuela:— que 'el que tenga rabo e paja — no se acerque a la candela' ". No me he preocupado por separar metodológicamente lo que el folklore presenta unido.

La más larga colección de refranes venezolanos que he consultado es la publicada por Santos Ermíny Arismendi, titulada con mucho acierto: "Refranes que se oyen y dicen en Venezuela". Resulta sumamente difícil determinar en algunos casos si un refrán es criollo o importado. 'El que madruga coge agua clara'. En general he procedido con una actitud minimalista, reteniendo sólo como nacionales aquellos refranes cuyo vocabulario resulta inconfundiblemente criollo. 'Cachicamo llamando a morrocoy conchúo'.

'Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquél que dice: donde una puerta se cierra otra se abre' (Don Quijote. Tomo I. Capítulo 21).

El refranero, hijo de la experiencia, nos habla de casi todos los aspectos de la vida.

Yo he iniciado mi estudio por aquéllos relacionados con el tema del trabajo, de su retribución, de la sociedad así configurada, y de la actitud ante ella.

Pensé limitar mi estudio a un ordenamiento de los refranes correspondientes a los temas elegidos. Me han sugerido aludir a los factores sociales que explican el surgimiento de esos refranes. Lo voy a hacer con una aclaración previa. No insinuaré una explicación histórica, sino funcional de los dichos recogidos. No indicaré las circunstancias sociales en que surgieron unos refranes que se pierden en el pasado de la tradición. Sino que aludiré a las características sociales que hoy explican su persistencia. Utilizaré para esto algunas conclusiones presentadas en el impresionante trabajo dirigido por Michel Chossudovsky, titulado "Pobreza y marginalidad en Venezuela", del cual se han publicado extractos en diversos números del Nacional, en agosto de 1976.

TRABAJO

Nuestro refranero abunda en recomendaciones del trabajo. "El que no pila, no come arepas". "¡Ah, refrán bien verdadero! — 'Amor con hambre no dura', — que en habiendo dividive — la curtimbre está segura". "Con humo no se asa jojoto".

Otros refranes ya resultan más ambiguos. Puede que recomienden el trabajo. Ciertamente que aluden a algún esfuerzo necesario para obtener el fin propuesto. Pero puede que insinúen la viveza ne-

cesaria para obtener provecho sin trabajar. "Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente". "Mono no sube guamacho — ni guacharaca cardón; — 'a palo que no florea — no le baja cigarrón' ". "El que le gusta guaragua, tiene que mojarse el fundillo". "Para sacar chipichipi, tiene que mojarse el rabo".

Se ve que las recomendaciones no logran del todo su efecto. El refranero contempla impotente escenas de flojera e inconstancia. "Chinchorro colgao, haragán acostao". "¡Quién se muriera, pa está

acostao!". "A mí me llaman el tonto, —el tonto de mi lugar; — todos comen trabajando, — yo como sin trabajar". Y aquí que cada uno recuerda la canción de Billo 'La flor del trabajo', y el merengue dominicano 'El negrito del batey'... "porque el trabajo para mí es un enemigo".

Y los trabajos que se emprenden, se dejan rápidamente. "Brinca más que un trompo taratarero". "Da más tumbos que una curiara en raudal". Hay un cansancio ante el esfuerzo continuado que requiere la sociedad. "Para estar guindando, má va-



le caer”.

Decir que ‘el venezolano es flojo’ no puede ser nunca una conclusión, sino la llamada a investigar las causas que condicionan nuestro modo de ser. En su estudio “La actitud del venezolano frente al trabajo” (SIC, diciembre 1972, pgs. 445-446), Rafael Carías señala acertadamente la influencia de la cultura rural, el deseo de independencia laboral, el de trabajar con la propia familia, y la influencia de la desnutrición. “Más del 70 por ciento de los venezolanos y la casi totalidad de la población agrícola vive en condiciones de sub-alimentación” (Chossudovsky 220).

Yo añadiría otra causa en la que insisten con razón el Dr. Pérez Alfonzo, y Fernando Martínez Galdeano, entre otros, que es el efecto desalentador que ejerce en el trabajo la ganancia fácil, la riqueza obtenida sin trabajo, sino por juegos de azar (5 y 6, loterías), por influencias (palanquismo, compadrazgo, sindicalismo, partidismo, comisiones, peculado), y en último término, y a nivel nacional, por el petróleo. Parece que hemos basado nuestro porvenir más en el petróleo que en nuestro trabajo personal. “Un venezolano de cada tres en edad de trabajar está o desempleado o subempleado” (Choss. 220).

RETRIBUCION

El refranero descubre una **sociedad dividida**. Algunos aparecen destinados al sufrimiento. “A las orillas de un río - me puse a considerar - lo poco que vale un hombre - cuando no tiene qué dar”. “Vivir como vive el pobre - en eterno samplatorio, - es pagar, anticipadas, - las penas del purgatorio”.

Y el sufrimiento llegará hasta lo más profundo del hombre, hasta el amor. “Hombre pobre no se enamora, - y es muy fácil la razón; - hombre pobre y

leña verde - no calientan el fogón”. “El amor del hombre pobre - es como el de las gallinas, - que en faltándoles el gallo - a cualquier pollo se arriman”. “El amor del hombre pobre - es como el del gallo enano, - que en correr y no alcanzar - se le pasa todo el año”. “Todo el que tiene dinero - tiene la sangre dulcita, - aunque su padre sea el diablo - y su madre una diablita”. Aquí que cada uno recuerde la canción de ‘Las casas de cartón’, o aquella otra, ‘El Papelón’, que dice: “Los blancos usan zapatos - y china con tacón, - los negros manumisos - llevan pelado el talón. - Suda el negro en el trapiche - haciendo al amo su ron, - escupiendo en el guarapo - la saliva del rencor. - Dale palo al pobre negro, - dale más sin compasión, - que algún día con mis manos - yo te arranco el corazón”.

Pocas canciones folklóricas reaccionan tan vivamente ante la realidad de la explotación. La sabiduría popular descubre que esas diferencias entre los hombres no son algo aislado, sino que están interrelacionadas, provienen en gran parte de la explotación de unos sobre otros. “Cachicamo trabaja pa lapa”. “Si ves a un negro comiendo - de un blanco en la compañía - o el blanco le debe al negro o es del negro la comía”. “Está como caimán en boca de caño”. “El peje grande se traga al más chiquito”. “La sogá revienta por lo más delgado”. “En baile de tigre, burro no saca pareja”. “Pelea de burro contra tigre”. “Por más que cambie el Gobierno, la capital es Caracas”. “Quien a buen árbol se arrima, buen palo le cae encima”. “Quien compra al fiado, paga doblado”. “El que siembre en tierra ajena, hasta la semilla pierde”. Aquí cabría recordar la canción ‘Campesino de mi tierra’.

En estos aspectos, nuestro refranero como que se queda corto comentando realidades sumamente duras. “Dos de cada tres venezolanos ocupados en actividades no-agrícolas y la casi totalidad de los ocupados en actividades agrícolas perciben ingresos mensuales inferiores al salario mínimo de subsistencia”, “esto es, una remuneración que no les permite cubrir las necesidades mínimas de alimentación y los demás gastos vitales. De los 1,71 millones de sub-remunerados, 193

mil (29 por ciento) percibían ingresos inferiores al salario mínimo oficial” (Choss. 220 y 183s). “El ingreso promedio del 5 por ciento más rico de la población es más de 10 veces superior al ingreso del 50 por ciento más pobre”, y equivale a “20 veces el ingreso correspondiente a una persona del 30 por ciento más pobre” (Choss. 193).

Y en cuanto a **tenencia de la tierra**, “en 1961 el 44 por ciento de las unidades de explotación era propietaria del 84 por ciento de las tierras cultivables, en tanto que el 56 por ciento restante tenía acceso al 16 por ciento del total cultivable, ni siquiera como propietarios, sino como arrendatarios, ocupantes y aparceros. Esta desigual distribución de las tierras cultivables no ha sido modificada por la Reforma Agraria, por cuanto la mayoría de las tierras repartidas a los campesinos era de propiedad pública (baldíos o ejidales)” (Choss. 213).

En un rincón de nuestro cancionero, y quizá como consecuencia de la época del caudillismo, los **militares** se ganaron unos versos como amigos de lo ajeno. “Juan Crisóstomo el coriano - tumbó a Páez el titán; - Juan Pablo tumbó a Guzmán - y Juan Vicente a Cipriano. - Mientras haiga un General - no compro ni una becerra - porque ellos para robar - de ná forman una guerra”. “Amigo, no he ido a la guerra - ni siquiera soy sordao; - no me diga General - porque nada le he robao”.

FATALISMO

Estas diferencias sociales, esa situación de explotación difícilmente cambiable, genera en la población una actitud de **fatalismo**. Este conformismo a veces como que queda disimulado por una lección de humildad, de que cada uno se conforme con el puesto que le corresponde. “Todo palo no sirve para cachimbo”. Otras versiones dicen: “Todo palo no sirve pa cabo e hacha”. O “pa trompo”. Se critica la ambición diciendo: “Meterse a brujo sin conocer las yerbas”. “El entrépito no muere en su casa”.

Lo grave está en quién determina el puesto que le toca a cada uno. Parecería que se trata de algo natural, no de algo histórico. Como que lo impone la naturaleza, cuando en realidad son los hombres quienes lo determinan. Aquí los refranes revelan una triste resignación: “Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados”. “Unos vienen de pie y otros de cabeza”. “Morrococoy no sube palo, ni que le pongan horqueta”. O en otras versiones: “Morrococoy no sube palo, ni cachicamo se afeita”. “Loro viejo no aprende a hablar”. “El que está para morir, en la botica se muere”. “El que nació pa niguoso, - y su sino es niguatero, - aunque le sa-



quen las niguas — siempre le queda el agujero”. “Cuando el mal no tiene cura, ¿para qué se apura?”. “Cuando uno está pa perde, ni que a los santos ruegue”. “Cuando el año es frijolero, del cielo llueven las vainas”. “Cuando el pobre sale, siempre llueve”. “Al pobre, hasta la cobija se le moja”. “El que nace barrigón, ni que lo fajen chiquito”. En México dicen: “El que nace pa tamal, del cielo le caen las hojas”. En ‘Florentino y el Diablo’ se pregunta: “¿Pa qué se limpia las patas — el que va a dormir en el suelo?”. Como que todo viene determinado ya desde el nacimiento: “Hijo de tigre, sale pintado”. “Hijo de culebra, nace pican-do”. “Hijo de gato, caza ratones”. “Hijo de turco, vende quincalla”. “La cabra siempre tira pal monte”.

Como que no hay nada que hacer, y la única solución será olvidar las penas con el alcohol. “Yo no bebo el aguardiente — porque luego me marea; — digo, no bebo en totuma — para beberlo en batea. — Me gusta un trago de ron — más que muchacha bonita, — porque el ron siempre me quita — las penas del corazón”. “El aguardiente de caña — es de tanta fortaleza — que lo echan pa la barriga — y se va pa la cabeza”.

El refranero ha caído en la trampa de los parecidos. Al ver las semejanzas entre hombres y animales se ha olvidado de las diferencias. Los hombres no nacen cabra o culebra. El hijo de turco venderá quincalla, o será experto en medicina vial, o estudiará psicología. Pero lo que el refranero señala con acierto es que el nacer en familia rica o en familia pobre, en Caracas o en Palmarito, va a influir muchísimo en el porvenir del grupo humano. “De 100 niños de las zonas rurales del país ubicadas en el grupo de 7 a 13 años de edad, 57 son marginados del sistema educacional por no inscribirse en el primer grado. De los 43 niños inscritos en el primer grado, 26 están condenados a ser analfabetos funcionales y apenas uno o dos terminarán sus estudios primarios” (Choss. 79).

“De cada 100 niños venezolanos, 55 presentan problemas de desnutrición” (Chos. 51). “Los cuadros de desnutrición alcanzan al 80 por ciento en regiones agrícolas de Apure, Portuguesa y Barinas” (El Nacional, 14/8/76/C-4).

El refranero no ve salida para esas comunidades.

ESPERANZA

El problema es de tal magnitud, que no está en poder de un individuo el resolverlo. El cambio exige una gran solidaridad. “La unión hace la fuerza” es un refrán que queda muy aislado. Se comprueba una solidaridad de complicidad: “Ca-

chicamo y cachicamo no se rompen las camisas”. Pero lo que domina es el egoísmo: “Cada quien hala la brasa para su sardina”. “Ni lava ni presta la batea”.

De ahí podría nacer esa actitud de desconfianza, que algunos presentan como típica del llanero: “Tigre no bebe mas agua que la de su bebedero”. “Acostúmbrate a dormir — con un ojo siempre abierto, — que el pillo que así te viere — te considere despierto”. “No te acuestes en chinchorro — sin mirar los colgaderos, ni duermas en la posada — en unión de forasteros”.

Por la desconfianza se puede volver al pesimismo: “Mis amigos me abandonan — porque me ven abatido, — todo el mundo corta leña — del árbol que está caído”. “No hay amigos del mundo — ni se halla de quien confiar: — no hay más amigo que Dios — y en la faltriquera un real”.

Un valor extraordinario del venezolano, recogido por el folklore es el deseo de libertad. “Sobre los llanos la palma, — sobre la palma los cielos; — sobre mi caballo yo, — y sobre yo, mi sombrero”. Es un valor expresado en el himno nacional: “¡Abajo cadenas!”, “Gloria al bravo pueblo que el yugo lanzó”. Desgraciadamente parece que son muchos los que no saben en qué consiste el yugo y quién lo pone.

Pero el deseo de libertad puede degenerar en individualismo egoísta. El soltero se puede justificar diciendo: “El buey suelto bien se lame”.

Entonces el cambio pierde su dimensión global y sólo se plantea en el plano individual: “Dentral por el albañal y salir por el portón”. “Entrar de peón y salir de mayordomo”.

No he encontrado refranes que constaten o descubran los mecanismos por los cuales los poderes de nuestra sociedad (poder económico, político, militar, comunicacional) hacen fracasar los esfuerzos del pobre por lograr una solidaridad no partidista.

Por eso la esperanza es muy poco concreta, tiene más de intuición que de programa. “De esperanza vive el pobre”. “Detrás del cerro, está el llano”.

Un tema fecundo late en el folklore popular: la convicción de que todo tiene remedio. Sólo que en cada caso hay que

buscar el remedio correspondiente. “Para bachaco, chivo; y pa chivo, empalizá”. O también: “Para bachaco, chivo; y pa morrocoy, candela”. “Sapo vuela si gavi-lán acechá”. ‘Florentino y el diablo’ dirán: “Para caimán, el arpón; para guabina, el anzuelo”.

La cuestión es intentar. Y sobre todo tener constancia. “Tocar la puerta no es entrar”. Constancia, aunque sea como algunos animales. “Tan porfiao como vaca sabanera”. “Alazano tostao, primero muerto que cansao”. “Gallo que no repite, no gana”. “Peje que guaralea, es porque sabe de anzuelo”. Es cuestión de actuar. “El que llora su mal, no lo remedia”. “Machete, y mañana hablamos”.

“¡Qué esperanza, para el que siembra coco!”. El cocotero necesita cinco años hasta la primera cosecha. El cambio social requiere más. Los refranes condenan las experiencias del pueblo. Como el pueblo no ha hecho todavía entre nosotros experiencia de cambio estructural exitoso, echaremos de menos expresiones en la línea del cambio social por medio de la organización del pueblo.

Pero el refranero alimenta la esperanza, recogiendo muchos testimonios de valentía. Es una valentía muchas veces famallera, de puro aguaje, individualista. “Yo me resbalo en lo seco — y me paro en lo mojado”.

Pero es la misma valentía que dificultó la conquista española, que contribuyó a la independencia de muchos países, y que cuando le quiten la venda de los ojos descubrirá lo que debe hacer. “No blasono de valiente — pero sí me doy tal rango, — que él que conmigo se mete — pisa una concha de mango”. “Cuentas claras son bambarrias — y no le digo más na, — al que con yo se metiere — le jiendo por la mitá, — porque a nadie tengo miedo — créalo, camará”.